

BROWN, A.: *Arthur Evans and the Palace of Minos*. 110 páginas, 1 mapa y 108 ilustraciones. "Ashmolean Museum". Oxford, 1986 (reimpresión). ISBN: 0 9000 9092 8.

Este libro apareció por vez primera en Oxford en 1983¹. Versa sobre Sir Arthur Evans y su hallazgo del Palacio de Knossos en Creta, cuyas excavaciones empezaron el 23 de marzo de 1900. No es casual la elección del presente asunto. Como verazmente indica H. Case en el prólogo del libro, el "Ashmolean Museum" de Oxford posee la mayor colección de antigüedades minoicas fuera de Creta, y Evans fue conservador de ese Museo entre los años 1884 y 1908.

La obra reseñada se divide en dos partes. A. Brown consagra la primera a los arqueólogos, que trabajaron en las excavaciones del Palacio de Knossos, si bien dedica a Evans una atención preferente. En esta primera parte, titulada "Los arqueólogos y los fondos de excavación", se halla bien analizado en la página 19 el espíritu irenista de Evans y de su equipo respecto a sus obreros cristianos y musulmanes.

En la segunda parte del libro analiza la autora las excavaciones de Evans en el Palacio antedicho. A. Brown usa a modo de fuentes los testimonios de aquellos arqueólogos, ora en sus diarios, ora en sus cartas, y las noticias relativas a su tarea, que vieron la luz en publicaciones periódicas, como el *Annual of the British School at Athens*, el *Journal of Hellenic Studies*, el *Antiquaries Journal* y el *Times*.

Supone este libro una buena aportación al tema en él tratado. Sin embargo, yo hubiera añadido otra sección acerca del influjo en Sir Arthur Evans de las excavaciones, que fueron llevadas a cabo entre 1870 y 1895 por H. Schliemann y W. Doerpfeld en Troya, Micenas, Itaca, Orcómenos y Tirinto.

Gonzalo Fernández

NOTAS

¹ Para una mejor identificación de la presente obra se ha de decir, que apareció simultáneamente como libro de bolsillo o "paperback" y en forma de volumen con pastas duras o "hardback". Yo he empleado el libro de bolsillo, cuyo ISBN aparece en el enunciado de esta reseña. Por el contrario, el número de ISBN en el volumen con pastas duras es 0 907849 50 4.

P. S. WELLS: *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*, Ed. Labor, Barcelona, 1988, 248 pp. + 65 figuras.

El tema recogido en el presente libro, traducción del original inglés de 1984, se ha convertido en un aspecto enormemente atractivo para la investigación histórica de los últimos años: el del urbanismo del mundo clásico y de sus regiones periféricas, así como las causas de su eclosión y el alcance que el mismo adquirirá en todos los aspectos (culturales, de organización político-administrativa, sociales, económicos...).

Hay que aclarar, en primer término, el enfoque temporal que se lleva a cabo en el mismo, destacando sobre todo la utilización del término protohistórico hasta la saturación, lo que a su vez provoca no sólo un desfase cronológico (y además de una etapa plenamente histórica) sino también un desenfoque evidente con respecto a la Edad Antigua, puesto que la historia de Grecia y Roma en sus períodos clásicos va acompañada en el tiempo por la entrada en la misma de estas culturas centroeuropeas (al igual que las prerromanas ibéricas por ejemplo).

En este desajuste tiene mucho que ver el hecho de considerar a la arqueología como documentación o fuente única del estudio que se emprende (p. 7), lo que conlleva por otra parte una equiparación descaradamente corriente entre los vocablos protohistórico y prehistórico, sin duda consecuencia directa de ese confucionismo.

Pero es que, por desgracia, este planteamiento erróneo llega mucho más lejos e, incluso, se enlaza la fase final protohistórica con la época medieval, como parece colegirse del capítulo final del libro (pp. 165-182), en el que se hace alusión al surgimiento de las primeras ciudades en época medieval. De cualquier forma podemos afirmar sin temor a equivocarnos que en modo alguno el milenio I a. n. e. se corresponde con "los últimos mil años de la prehistoria" como afirma el autor en la página 8.

En este mismo contexto difícilmente resulta comprensible la aseveración de que "los modelos de organización económica y social de la protohistoria y los primeros tiempos medievales eran similares", lo que parece incidir en la no existencia de la Edad Antigua, cuando realmente la etapa imperial (y más en concreto aún el Bajo Imperio) supondrán el afianzamiento de una nueva forma de hábitat, la *villa*, que a su vez traerá consigo la vuelta al aprovechamiento intensivo de los recursos agropecuarios, lo que iría acompañado de modelos sociales distintos a los de la etapa clásica romana.

A pesar de que en las tradicionales comunidades campesinas los cambios se producen de forma extremadamente lenta no es posible afirmar, como hace el autor, que numerosos aspectos de la vida rural en el año 1.000 a. n. e. eran extremadamente parecidos a los del año 1600 de la misma, puesto que al hacerlo se reducen los aspectos socio-económicos, de hábitat y culturales en general a un simplismo excesivo, aplicando además una analogía desbordada. Frente a ello resulta evidente que el cambio en el uso del metal (de bronce a hierro) haría posible que durante las dos últimas centurias anteriores a nuestra era una parte de los habitantes de las aldeas y poblados se dedicaran a las actividades mineras y comerciales.

En el capítulo primero se definen los conceptos de granjas, aldeas o poblados y ciudades de acuerdo con la densidad de población y la pérdida de su carácter agrícola en beneficio de un grupo de personas cada vez mayor dedicadas a las actividades comerciales. No resulta fácil llevar a cabo una distinción clara entre villas y ciudades, puesto que ambos núcleos de población constituyen un exponente del fenómeno histórico conocido como urbanismo.

Será a lo largo de la primera Edad del Hierro cuando en el área centroeuropea, objeto básico del presente trabajo, un cierto número de comunidades a causa de su crecimiento se harían más activas comercialmente. El esquema cronológico general seguido por este hecho se puede trazar de la manera siguiente: durante el siglo VIII al este de los Alpes se desarrollan comunidades de bastante entidad, en cuyo interior algunos de sus componentes llevarían a cabo importantes actividades de manufactura, y por ende comerciales.

Este nuevo hecho tendría lugar igualmente en otras regiones de Centroeuropa en el transcurso de los siglos VI y V a. n. e., prolongándose hasta las dos centurias previas al nacimiento de Cristo. En torno al año 200 un gran número de comunidades de cierta entidad (con varios cientos de habitantes) y de carácter agrícola en su origen se asen-

tarían en el territorio de Europa central dedicándose cada vez con mayor intensidad a una serie de industrias que progresivamente se irían especializando.

Un aspecto esencial de todos estos centros de hábitat lo constituiría la economía, destacando el hecho de que la sociedad europea de esos momentos apenas experimentaría alteraciones o cambios en sus estructuras hasta los tiempos romanos: la organización económica de estos poblados centroeuropeos de las primeras fases de la historia antigua reflejaba en su conjunto los elementos de este modelo disperso de asentamiento. Estas mismas características constructivas y de hábitat se pueden observar en los poblados de la cultura castreña del Noroeste peninsular, y en general en todo el territorio habitado por las poblaciones de la España indoeuropeizada o celtizada.

En este sentido a lo largo de los 100 años anteriores a nuestra era los centros poblacionales más representativos (los *oppida* de Julio César) contarían con unas actividades comerciales y artesanales de cierta entidad, lo que no impediría que los poblados más reducidos desarrollasen este mismo tipo de actividades, aunque lógicamente a escala mucho menor. En este contexto histórico jugaría un papel destacado el medio físico, que daría origen a la formación de unos modelos culturales concretos y muy distintos a los propios de los palacios del Cercano Oriente o a los centros de población de América central.

En el surgimiento de los primeros centros urbanos la presencia de aristocracias y caudillos no constituiría un factor determinante ni en el caso de las *villae* ni en el de las ciudades. Junto a ello la base económica de casi toda esta población estaba constituida por la agricultura y la cría de ganado: las actividades diarias se centrarían en el cuidado de los animales y los campos, así como en la elaboración de los instrumentos agrícolas y el equiparamiento y mantenimiento de los edificios del poblado. Solamente un pequeño número de centros habitados por mineros (metalúrgicos del cobre y estaño en su mayor parte) y los de las minas de sal se separarían del modelo anteriormente descrito.

Coincidiendo con estos parámetros hemos de tener presente que estas economías tradicionales no pueden ser entendidas a partir de los principios de una economía de mercado, sino que han de analizarse partiendo de las relaciones sociales y de parentesco existentes en el seno de cada una de las comunidades. En consecuencia el trueque desempeñaría un papel fundamental en cuanto a los intercambios comerciales entre los diferentes grupos de población. Junto a ello las formas de integración política (agrupaciones tribales, régulos, bandas, caudillos, ciudades o estados) no parecen ser un elemento aclaratorio en todos los casos de la situación social o política de dichas comunidades.

A lo largo del capítulo segundo se estudian una serie de asentamientos con sus estructuras constructivas más representativas a partir de los restos de cimientos que nos permiten calibrar el tamaño de dichos edificios o viviendas en los dos primeros siglos del milenio I a. n. e. así como las características que nos ofrece la economía de subsistencia (técnicas agrícolas, animales domesticados y plantas comestibles), las manufacturas y el comercio.

El capítulo siguiente se halla dedicado al estudio de Hallstat y Stitna como centros más representativos de producción y comercio entre los años 800 y 600, teniendo en cuenta el papel desempeñado por las minas, el significado de sus necrópolis y su despegue como centros comerciales.

A continuación analiza el autor el crecimiento de los núcleos comerciales centroeuropeos entre los años 600 y 400 a. n. e. (teniendo en cuenta la presencia de objetos griegos), siendo Henneburg el mejor exponente de ello; en este sentido el comercio de lujo y la producción de excedentes incidiría directamente en la aparición del cambio de modelos en las ciudades, tanto por lo que respecta a su asentamiento como a la economía y distribución de las riquezas.

A renglón seguido se estudian las incursiones y migraciones de las poblaciones centroeuropeas hacia el sur del continente a lo largo de las dos centurias que transcurren entre los años 400 y 200, así como los asentamientos a que dan lugar dichas acciones, teniendo a Dürrenberg como prototipo de los mismos con las nuevas condiciones económicas creadas.

La aparición del urbanismo en toda su extensión tendría lugar entre los años 200 y finales del siglo siguiente, coincidiendo con otro fenómeno histórico enormemente significativo, la intensificación en la producción de objetos de hierro, a lo que hemos de añadir el incremento comercial con las ciudades itálicas. Por lo que respecta a los centros urbanos de esta segunda fase de la Edad del Hierro destaca el *oppidum* de Manching.

El libro finaliza con un apartado (el séptimo) dedicado a un tema de suma importancia, a pesar de ser catalogado como "paréntesis romano y formación de las ciudades medievales"; a este respecto hemos de decir que el problema representado por el urbanismo del mundo romano y de su entorno, tanto en época republicana como imperial, constituye un mundo aparte, de significación excepcional, en el que no vamos a entrar ahora. En este sentido los centros romanos al norte de los Alpes (colonias, centros militares, el *limes*...) preludian lo que sería la etapa imperial, con el afianzamiento de este tipo de centros y la presencia cada vez mayor de *villae* rústicas; el contraste viene dado por lo que sucede en el territorio exterior a las líneas fronterizas del Imperio. De este modo será a partir del siglo V d. n. e. cuando se pongan las bases para la aparición de nuevos asentamientos y la formación de los centros urbanos medievales.

En resumen, el presente trabajo constituye un análisis arqueológico detallado de la Edad del Hierro en las regiones centroeuropeas, analizándose en él los cambios que tienen lugar en la vida cultural durante el milenio I anterior a nuestra era. Ahora bien, desde el punto de vista del historiador adolece de ciertos defectos, quizás como resultado de la dedicación preferente del autor a la antropología.

Hemos de destacar, no obstante, el gran número de figuras (dibujos, gráficos, mapas y fotos), que contribuyen enormemente a la comprensión del texto, así como la exhaustiva bibliografía que nos presenta acerca de cada uno de los puntos que se estudian.

Narciso Santos Yanguas

M. A. RABANAL ALONSO: *Vías romanas de la provincia de León*, Institución "Fray Bernardino de Sahagún" (C. S. I. C.), Excma. Diputación Provincial, León, 1988, 198 pp. + 82 mapas y 70 fotos.

La obra que va a ser objeto de nuestra reseña aparece enmarcada dentro de una de las líneas de investigación más atractivas para los historiadores de la Península Ibérica que se dedican a la Edad Antigua. Ahora bien, aunque en realidad no se trata de un tema novedoso, podemos asegurar que ha reverdecido en los últimos años como consecuencia de la aplicación de una metodología y unos objetivos distintos a los que se buscaban en las primeras décadas de nuestro siglo y que, incluso, ni siquiera llegaba a plantearse.

En la Introducción el autor analiza a grandes rasgos el sentido, significado y alcance del trazado de las vías de comunicación romanas, vinculándolas en primer tér-